

A la vista de su blanco estandarte, ábrensele de par en par las puertas de la villa donde es recibido con todo el esplendor debido á su nombradía. Llega ante Doña Urraca, dobla en tierra una rodilla y la da parte del mensaje.

Llorando le ha escuchado Doña Urraca que al fin responde dando treguas á sus lágrimas:

— Cid Campeador, el noble caballero, á mi hermano le direis que es imposible cuanto pide. Demasiado me consta como se ha portado con mis dos hermanos y mi hermana; ha despojado de su herencia á Don García al que tiene sumido en las entrañas de una torre; ha quitado á nuestro hermano Alfonso su corona real obligándole á ir en busca de un refugio á Toledo; no quiero pues que me tome Zamora como ha robado Toro á mi hermana Doña Elvira. Si ha creído que por ser yo débil muger, podrá impunemente arrebatarme el solo bien que me resta y que tengo de mi padre, se ha engañado en verdad, porque, si en mi debilidad no puedo luchar contra él, puedo hacerlo herir traidoramente ó cara á cara, y vive Dios que he de hacerlo, Don Rodrigo!

Así le dice la infanta al castellano de Vivar, y aun vibra su voz en la estancia cuando el buen caballero Arias Gonzalo, allí presente, se levanta y dice á Doña Urraca:

— No lloreis de esta manera, señora mia. Antes bien reunid vuestros vasallos y demandadles consejos. Si justa les parece la demanda del rey, dadle la villa, pero si al contrario es injusta, vuestros vasallos defenderán á Zamora como esforzados castellanos.

Siguiendo el parecer del anciano, la infanta reúne su consejo y todos declaran que antes de entregar la villa morir deben sepultados en sus ruinas.

Tal es la respuesta que el Cid lleva á Don Sancho.

Grande enojo ha cobrado el rey, que toma á consejos del Cid la resistencia de la villa.

Vos aconsejasteis, Cid,
no darme lo que quería,
porque os criasteis dentro
de Zamora aquesa villa.

A no ser por la crianza
que en vos mi padre facia,
luego os mandara enforcar;
mas de hoy en noveno día
os mando vais de mis tierras
y del reino de Castilla.

Inclina el Cid la cabeza y parte con sus trescientos caballeros. El rey queda murmurando:

— Oh! yo tomaré esa villa. Por Dios que he de tomarla y con ella á mi desleal hermana.

Don Sancho! Don Sancho! porque insistes en cercar la villa? El cerco de Zamora te ha de ser fatal, pobre Don Sancho!

Los condes y ricos homes se presentan al rey y le piden que vuelva á llamar al Cid, el mejor de los caballeros.

Don Sancho á quien su enojo se le ha pasado, manda á Diego Ordoñez con disculpas para Don Rodrigo que accede al fin y regresa al campamento. Besar quiere el Cid la mano al rey. Este le recibe en sus brazos.

Una noche,—hermosa y clara era la noche,—sale huyendo de la villa un guerrero al que Vellido Dolfos llaman y se refugia en la tienda de Don Sancho.

— Señor,—le dice,—yo aconsejé á Arias Gonzalo que te entregara la villa y el viejo quiso por ello matarme. Huyendo vengo de sus iras para servirte como otro cualquier fidalgo. Yo te entregaré á Zamora, que conozco un postigo falso por donde entrar tu gente, mal que le pese al viejo Arias.

— Confianza tengo en tí, Vellido.

— Pues entonces vámonos, Señor, y venid solo, no acompañado.

El rey sigue á Vellido, pero no bien se han apartado del real, cuando con un venablo que en la mano lleva, el traidor Dolfos le pasa el pecho.

Iba entonces por allá Don Rodrigo y ve caer al rey, huyendo su asesino. Cabalga en su caballo y olvida con la prisa las espuelas.

Pero el traidor está á gran distancia y el Cid no puede alcanzarle.

Maldito sea el caballero
que como yo ha cabalgado,
que si yo espuela trajera
no se me fuera el malvado.

Muerto el rey Sancho en Zamora, se alza por rey á su hermano Don Alfonso. Todos le rinden y acatan. Solo un noble se niega á rendirle pleito homenaje. Es el Cid.

— Qué es eso, Cid Campeador? —le pregunta Don Alfonso. — Porque os negais á besarme la mano como han hecho los demás caballeros de mis reinos?

— El vulgo murmura de vos, Don Alfonso — le contesta el castellano de Vivar. — A traicion murió vuestro hermano Don Sancho y dícese que vos sois quien le hizo asesinar. Preciso es pues que fagais una solemne jura en un altar consagrado de no haber vos cometido hecho tan infame.

— Dispuesto estoy á jurarlo.

Santa Gadea de Burgos ve llegar al rey para la jura, y entonces el Cid le presenta un cerrojo de hierro y una ballesta de palo diciéndole:

— Villanos sean y ruines los que en tí pongan las manos, rey, y no con dorados puñales te maten sino con groseros cordeles te ahorquen, y sáquente el corazon y dénlo á comer á lobos, sino dijeres verdad en lo que te pregunto. Fuiste ni consentiste en la muerte vil de tu hermano?

Tres veces ha jurado Alfonso, pues que tres veces ha insistido el Cid. Sin embargo tanta porfía ha ofendido al rey.

Vete de mis tierras, Cid,

mal caballero probado,

y no me estés mas en ellas
desde hoy día en un año.

Pláceme, dijo el buen Cid,

Pláceme, dijo, de grado,

por ser la primera cosa

que mandas en tu reinado:

tú me destierras por uno,

yo me destierro por cuatro.

Pensativo se retira el Cid á su morada en tanto que llora toda Castilla, porque huérfana la deja su destierro.

Pensativo se retira, y es que en apuros se encuentra porque en guerras ha gastado mucha parte de sus haberes. Hace venir dos judíos á su presencia y les dice:

— Dos mil florines necesito y en prenda os dejaré dos cofres llenos de plata para que la vendais si dentro un año no os he satisfecho.

Admiten los judíos y el Cid les manda los cofres, pero están llenos de tierra. Ignóranlo los hebreos que, fiados en la palabra del Cid, ni abiertos los han siquiera.

Sobrado ya de dinero, el Cid se retira á hacer una vigilia en San Pedro de Cardena.

que el caballero cristiano

con las armas de la Iglesia

debe de guarnir su pecho

si quiere vencer las guerras.

Devotos asisten á la misa el Cid, su esposa Doña Jimena y sus hijas

Doña Sol y Doña Elvira que han hecho ricas ofrendas al monasterio. Luego de terminados los oficios, el abad se adelanta con sus monges para bendecir el pendon de la bermeja cruz, cuyos cabos coje el Cid diciendo:

— Pendon santo y bendecido, un castellano te va á tremolar en el combate, un castellano desterrado por su rey y que para vengarse le va á conquistar tierras, que cualquier otra venganza fuera poco digna de quien siente correr en su cuerpo sangre buena.

Ya se ha partido el Cid, ya se ha partido de San Pedro de Cardena y hacia las fronteras camina en su buen caballo Babieca. A comenzar va esa serie de hazañas que tuvieron su principio en Castrejon para terminar en las orillas del Turia. Su esposa Doña Jimena y sus hijas quedan en el monasterio bajo la guarda de su abad San Sisebuto.

Guerra! Guerra! todo lo conquista el Cid, todo cede ante sus armas, todo lo vence, todo lo arrolla. La bermeja cruz de su estandarte tremola victoriosa siempre.

Pero la hazaña mas rica, la joya mas preciada que en su poder ha caido, es Valencia, el palacio que á sus riberas han escupido las aguas del Turia.

— Ordoño, mi buen privado, — dice el Cid, — escoje cien caballos entre los caballos mejores con los mas ricos jaeces y paramentos, toma cien moros que los lleven de las riendas, pon sobre un recamado cojin las cien llaves de los castillos y villas que traigo ganadas, añade á esto los cuatro reyes sarracenos que tengo cautivos, y lleva este presente al rey Alfonso, diciéndole que el Cid se lo envia aunque esté desterrado.

Ordoño parte.

Recibido ha el rey el soberbio presente.

— Alzo su destierro al Cid, que bien por Dios lo merece quien estando desterrado así me gana villas y ciudades.

En seguida va Ordoño al encuentro de los judíos que prestaron una cantidad al Cid y todo se lo paga sin que se halle á faltar un solo cornado.

Los judíos le dan intactos los cofres y, abriéndolos Ordoño, les enseña la tierra que contienen.

— Errasteis si habeis creido fiar vuestro dinero en prendas, ya lo veis, pero dentro de aquestos cofres habia el Cid dejado en depósito el oro de su verdad que es riquísimo tesoro.

Ya torna el Cid á San Pedro de Cardena. Suenan las trompetas anunciando su llegada, relincha Babieca, y el abad y los monges salen en procesion á recibir al guerrero bienhechor del monasterio.

El Cid, antes de entrar en la iglesia, toma el pendon en sus manos y de esta manera habla:

— De tu seno salí, templo santo, desterrado de mi país, pero ya vuelvo á visitarte acojido en los ajenos. Me desterró el rey Don Alfonso porque le tomé juramento en Santa Gadea con mas rigor del que él queria, pero leyes eran del pueblo y de este modo saqué al rey de sospecha. Castilla, Castilla, tú me has arrojado de tu seno, á mí que con mi espada ensanché tu recinto, pero yo que soy buen hijo y soy honrado, á tí regreso hoy trayéndote otro reino y mil fronteras; que he de darte tierras mías ya que tú, ingrata, me echas de las tuyas.

Ricos presentes ha hecho el Cid á San Pedro de Cardena, su querido monasterio, el que ha guardado á Jimena y á sus hijas mientras él ha estado en el campo peleando con los agarenos.

Una nube de polvo se levanta en el camino. Es un caballero que llega apresurado.

— Soy mensagero real, — dice al Cid. — Don Alfonso me ha dado para vos estas cartas.

Las cartas reclaman el apoyo del buen Cid Campeador. Don Alfonso quierele en su corte, á su lado, al frente de sus castellanos.

El Cid pone condiciones para entrar otra vez en su servicio. Concederse debe á los vasallos el espacio de treinta días para dejar el país, en caso que cometiesen algun crimen; el rey jamás tendrá derecho para desterrarlos sin oír sus defensas; nunca derogará sus fueros ni les impondrá contribuciones arbitrarias, y, no cumpliendo sus promesas, ellos podrán insurreccionarse contra él.

El rey accede. El Cid vuelve á ser el primer caballero de su corte, así como nunca ha dejado de serlo de su reino.

Fablando estaba en el claustro,
de San Pedro de Cardena,
el buen rey Alfonso al Cid
después de misa una fiesta.

Trataban de las conquistas
de las mal perdidas tierras
por pecados de Rodrigo,
que amor disculpa y condena.

Propuso el buen rey al Cid
el ir á ganar á Cuenca;
y Rodrigo mesurado

le dice de esta manera:

— «Nuevo sois el rey Alfonso,
nuevo en la Castilla reinas:
antes que á guerra vayades,
sosegad las tierras vuesas.

«Muchos daños han venido
por los reyes que se ausentan,
apenas han calentado
la corona en la cabeza.

«Y non estais vos seguro
de la calaña propuesta
de la muerte de Don Sancho
sobre Zamora la vieja.

«Que aun hay sangre de Vellido,
maguer que en fidalgas venas,
y el que fizo aquel venablo,
si le pagan, hará treinta.»

Bermudo en lugar del rey
dice al Cid: — ¿Se vos aquejan
el cansancio de las lides
ó el deseo de Jimena?

«Id vos á Vivar, Rodrigo,
y dejad al rey la empresa,
que homes tiene tan fidalgos
que non volverán sin ella.»

— Quien vos mete, dijo el Cid,
en el consejo de guerra,
fraile honrado, á vos agora
la vuesa cogulla puesta?

«Subid vos á la tribuna
y rogad á Dios que venza,
que non venciera Moises
si Aaron no lo ficiera.

«Llevad vos la capa al coro,
yo el pendon á las fronteras,
y el rey sosiegue su casa
antes que busque la ajena;

«Que non me farán cobarde
el amor ni la mi queja,
que mas traigo siempre al lado
á Tizona que á Jimena.»

— «Home soy, dijo Bermudo,
que antes que entrara en la regla,
si non vencí reyes moros
enjendré quien los venciera.

«Y ahora en vez de cogulla,
cuando la ocasion se ofrezca,

me calaré la celada
y pondré al caballo espuelas.»

—«Para fugir, dijo el Cid,
podrá ser, padre, que sea,
que mas aceite que sangre
manchando el hábito muestra.»

—«Callede, le dijo el rey,
en mal hora que no en buena;
acordarse vos debía
de la jura y la ballesta.

—«Cosas tenedes el Cid,
que harán fablar las piedras,
pues por cualquier niñería
faceis campaña la iglesia.»

Postrado en su cama está el Cid, doliente y abatido. La muerte bate sobre él sus negras alas. Su familia, sus amigos y deudos le rodean. Bien pronto le abrirá la eternidad sus puertas.

Todos le lloran, y el moro, que su enfermedad ha sabido, se adelanta audaz y orgulloso.

Las últimas palabras del Cid son para decir que se le entierre en San Pedro de Cardena.

Valencia entera llora la muerte del bravo entre los bravos. Los cristianos están consternados y los sarracenos se adelantan, se adelantan y amenazan pasarlo todo á sangre y fuego. Dios inspira á los buenos una idea repentina. Combatir sin el Cid á su cabeza, vencer sin él lo hallan imposible. Imposible? No, combatirán, vencerán con el Cid.

Aprestan el cuerpo del difunto como para entrar en batalla. Vistenle la loriga, le ponen el yelmo y el escudo, cubren su pecho con la roja insignia honor y á un mismo tiempo asombro del mundo, y le colocan á caballo de su Babieca, en alto el brazo que empuña la terrible Tizona.

De esta manera salen con su capitan sin alma y acometen á los moros que asustados al ver al Cid, á quien creían enfermo, se dejan arrollar y vencer.

He ahí como Don Rodrigo muerto ganó aun una batalla y puso en fuga al moro Bucar.

Tal es la caballeresca balada del Cid.

III.

LA CAPILLA DE LOS HÉROES.

El cadáver del Cid fué transportado desde Valencia con el respeto y aparato propios de un emperador, y las puertas de su monasterio tan querido se abrieron para recibirle en sagrado depósito, como mas tarde debian irse abriendo para recibir á los caballeros de su mesnada.

He ahí como habla la crónica al llegar á este punto.

«El tercer dia despues que Don Alonso llegó á San Pedro de Cardena, quiso enterrar el cuerpo del Cid é supo el rey lo que dijera Doña Jimena Gomez sobre ello que non queria que se enterrase, é túvolo por bien: é mandó traer el su escaño que él levara á las cortes de Toledo, é mandólo poner á mano derecha del altar de San Pedro: é pusieron sobre él un paño de oro muy noble..... é mandó facer un tabernáculo sobre el escaño muy noblemente labrado con oro é azul é pintadas en él las señales del rey de Castilla, é de Leon, é del rey de Navarra, é del infante de Aragon, é las del Cid Ruy Diaz Campeador. É de si el rey Don Alonso, é el rey de Navarra, é el infante de Aragon, é el obispo Don Hieronimo por facer honra al cuerpo del Cid llegaron á ayudar á sacar el cuerpo del Cid entre las tablas que lo metieron en Valencia. É desque le vieron sacado, estaba el cuerpo á tan yerto, que se non doblaba á ningun cabo: é su carne, á tan lisa é á tan colorada, que non semejaba que era muerto, é tovo el rey que se podia facer bien lo que queria é que habia comenzado. É vestieron el cuerpo de un tartari muy noble, é de unos paños que le enviara el